

# La tesis de las incivildades o de las “ventanas rotas”\*

Ralph B. Taylor

1. Orígenes y desarrollo.
  2. ¿Por qué es tan atractiva?
  3. Preocupaciones conceptuales.
  4. Apoyo empírico.
  5. Implicaciones para la aplicación de la ley en el ámbito local.
- Bibliografía.

La expresión “tesis de las incivildades” se refiere a una serie de principios acerca del rol que juegan las faltas, los comportamientos incívicos y alborotadores, algunos actos delictivos y la falta de limpieza y mantenimiento de las instalaciones en las comunidades urbanas (Taylor, 1999, 2001). En el último cuarto de siglo los teóricos y los políticos han aumentado la naturaleza y el alcance del rol que les asignan. Durante este periodo de elaboración teórica, los defensores de esta perspectiva han sugerido que entre las consecuencias importantes que se producen se incluyen los niveles de miedo individual y colectivo y los subsiguientes cambios en los mismos, los índices y variaciones en los delitos, y si los vecindarios permanecen estables o inician o aceleran un periodo de declive.

Este artículo resume toda esta discusión intelectual, muestra las razones que hay tras su popularidad, resume algunas de las críticas que se le han

---

\* Traducción de Elena Larrauri Pijoan del original “The incivilities or ‘broken windows’ thesis”, en Sullivan (ed.). *Encyclopedia of Law Enforcement*. Sage, Thousand Oaks (California), 2005.

realizado, apunta algunas áreas en las que existe confusión conceptual y recoge la evidencia empírica existente. El mensaje “para llevarse a casa” que pueden aprovechar quienes trabajan en el ámbito del sistema de justicia criminal es que las estrategias basadas en estas ideas no salvarán a los vecindarios o las ciudades porque, a pesar de que estas ideas tienen algo de apoyo empírico, éste no es tan fuerte como pretenden sus defensores. No sería por ello acertado restringir todas las estrategias policiales comunitarias u orientadas a la resolución de problemas a aquellas que se centran sólo en la reducción de las incivildades.

## 1. Orígenes y desarrollo

La semilla germinó a mediados de la década de los setenta. Los desordenes urbanos suscitaron preocupación por la seguridad de los ciudadanos y la aplicación de la ley en las grandes ciudades, preocupaciones que se reflejaron en el informe de la comisión Kerner y dieron origen a la *Crime Control Act* y al *Law Enforcement Assistance Administration*, un precursor del *National Institute of Justice* (Kerner, 1968). Las primeras series de encuestas de victimización empezaban a producir resultados. Estas también preguntaban acerca del miedo al delito.

Las encuestas mostraban que el número de los que tenían miedo al delito era muy superior al número de víctimas (DuBow, McCabe y Kaplan, 1979). Los que tenían más miedo al delito vivían en las ciudades. Cuando estas categorías se desagregaron por género y por edad, los investigadores encontraron que las que tenían más miedo (mujeres ancianas) tenían menos posibilidades de ser victimizadas que los que tenían menos (jóvenes varones).

James Q. Wilson, un académico de ciencia política y políticas públicas, sugirió en 1975 que la gente tenía miedo del desorden, no sólo del delito (Wilson, 1975). Argumentó que era el desorden, mucho más ubicuo que el delito, lo que ocasionaba altos niveles de miedo. Con ello surgió el núcleo de la tesis.

Otros investigadores a lo largo de los cinco años siguientes reelaboraron la idea. El “miedo al delito” era más que “miedo” al “delito” (Garofalo y Laub, 1978). No se trataba sólo de que los residentes de algunas áreas urbanas vivieran rodeados de desorden, sino que estas condiciones implicaban que los agentes públicos o las instituciones no podían o no se preocupaban por arreglar las cosas (Hunter, 1978).

Las discusiones originarias en torno al desorden incluían tanto características físicas del barrio como rasgos de la vida en la calle. La lista de indicadores relevantes es potencialmente bastante larga y, como se observará posteriormente, depende de quién haga la lista. No obstante, algunos indicadores típicamente relevantes incluyen: casas abandonadas; locales vacíos, especialmente si estaban descuidados y/o llenos de basura; coches abandonados, quemados o desvalijados; tiendas con rejas; propiedades o jardines mantenidos de forma inadecuada; casas en condiciones muy degradadas; basura, y calles, aceras o farolas deterioradas. Más tarde, como consecuencia de la “invasión del crack” de mediados de los ochenta, se añadieron a la lista las jeringuillas usadas. La lista de indicadores relevantes referida a comportamientos incluye los grupos de adolescentes no vigilados, algunos precisando que además debían ser ruidosos o alborotadores; prostitución en la calle; beber en público o personas ebrias; venta o consumo de droga en público, que se añadió como consecuencia de la invasión del crack; vecinos peleándose o discutiendo en la calle, y problemas con las personas sin hogar, como orinar en la calle, pedir limosna o su sola presencia, que se añadió en los ochenta como consecuencia del aumento del número de tales personas sin hogar.

En 1982 James Q. Wilson formó equipo con el conocido investigador de la policía George Kelling y produjeron la siguiente formulación de la tesis: la hipótesis de las “ventanas rotas”. La convirtieron en una tesis de psicología social, de carácter longitudinal, y se concentraron en síntomas físicos locales aparentemente banales o triviales. Quizás de forma más relevante, también suministraron un rol a la policía en la interrupción de las consecuencias desastrosas del desorden (Wilson y Kelling, 1982).

La dinámica que sugirieron es la que sigue. Los síntomas no reparados de deterioro físico, como la conocida ventana rota, animan a los adolescentes y preadolescentes a realizar actos molestos (esta noción tiene un poco de apoyo en una bien conocida demostración de campo –no realmente un experimento– de los últimos años sesenta). Los gamberros envalentonados ahuyentarán a los “ojos de la calle”, los ciudadanos “convencionales” como la mamá o el anciano que, en caso contrario, estarían en la calle y serían sus ojos (Jacobs, 1968). Una vez los “ojos” se retiran, los gamberros locales se sienten aún más envalentonados y, quizás de forma más relevante, los delincuentes potenciales de fuera del barrio viendo lo que ha sucedido se trasladan al barrio, iniciándose con ello una ola de delitos en la calle, como tirones o atracos.

Los autores sugirieron que la patrulla de policía a pie podía y debía jugar un rol en la interrupción de esta espiral de decadencia. Podían hacerlo si se comprometían con una estrategia policial de mantenimiento del orden. También denominada policía orientada a la resolución de problemas o policía comunitaria, los agentes podían encargarse de estas cuestiones antes de que la pauta se consolidara y antes de que los delincuentes más peligrosos se trasladasen a la zona. Así, la policía puede insistir al propietario perezoso para que arregle su casa, a los adolescentes para que se muevan de las esquinas, empujar a los holgazanes fuera de los semáforos y conectar con otras instituciones locales para que limpien las papeleras o retiren un coche abandonado.

A su favor, y en ocasiones no se presta atención a esto, en su exposición inicial Wilson y Kelling se preocuparon de dos cuestiones especialmente difíciles: del dónde y del quién. ¿En qué barrio o calles podía usarse esta estrategia? Ellos pensaron que estas iniciativas podían ser aplicadas de forma más eficaz en barrios “tambaleantes” —aquellos sitios en los que la decadencia ha iniciado o está a punto de empezar—. Lo que no se concretó es que, a no ser que se presuma que la policía o alguna otra agencia local sepa dónde están estos lugares exactamente, la cuestión será cómo identificarlos y suministrar esta información de forma regular a quienes planifican las patrullas policiales.

Sobre la cuestión del orden de quién debe mantenerse y el desorden de quién debe suprimirse, los autores reconocían que estos pueden variar de vecindario en vecindario. O sea, que aquello contra lo que la policía puede patrullar de forma agresiva en un barrio puede ser tolerado en el de al lado. Los autores se preocupaban por estas posibles discrepancias. También admitían que la policía debía conectar con distintos sujetos claves de los barrios y enterarse de qué preocupaciones, que pueden ser diversas, tiene la gente. Lo que el propietario de una tienda ve como un problema puede no serlo para el vecino de al lado. A pesar de que en su artículo los autores no resolvían estos problemas, sí los presentaron con atención.

La siguiente versión de la teoría de las incivildades llegó en forma de cápsula en 1986 y en forma más elaborada en 1990. Skogan transformó la tesis en una totalmente ecológica (Skogan, 1986, 1990). En tanto que Wilson y Kelling se habían concentrado en el nivel de la manzana, fundamentalmente en dinámicas de grupos pequeños, Skogan sugirió que estos procesos afectaban a vecindarios enteros en áreas urbanas. Además, dedicó una atención suplementaria a los procesos de declive urbano,

sugiriendo que el desorden realiza una contribución independiente a la decadencia urbana. De igual modo, especificó cuáles eran los indicadores relevantes del declive: por ejemplo, los comercios, menos motivados a instalarse en el barrio; los residentes estables, más dispuestos a irse; el precio de los pisos, que baja. En apoyo de sus ideas reanalizó datos transversales de distintas ciudades.

La última elaboración de la teoría llegó en 1996, cuando Kelling y Coles culparon al fin del modelo de policía destinada a mantener el orden de los cambios que se produjeron en los tribunales de justicia en los sesenta y los setenta (Kelling y Coles, 1996). Arguyen que en aquellos tiempos, dada la preocupación con la vulneración de los derechos civiles y el excesivo uso de fuerza policial, los tribunales se resistían a condenar con penas severas o multas las infracciones menores. En opinión de estos autores, a los tribunales les empezó a preocupar que la respuesta policial se debiera a otras preocupaciones antes que a mantener el orden. Al propio tiempo, los policías empezaron a preocuparse por la posibilidad de ser procesados por estos casos. Lo que no mencionan los autores citados es el rol de la masificación de las prisiones en el impulso de estos cambios en las prácticas judiciales.

## **2. ¿Por qué es tan atractiva?**

La tesis de las incivildades es en realidad un abrigo de muchos colores. Ha conseguido admiradores y defensores en distintas épocas por razones diversas. A fines de los setenta y a principios de los ochenta la policía se sentía frustrada a la hora de hacer frente al delito. Muchas ciudades estaban asistiendo a unos crecimientos desmesurados del delito y, siguiendo el experimento de patrullas que se realizó en Kansas, muchos policías se cuestionaban seriamente el valor de patrullar. Al propio tiempo los políticos reconocían que el miedo al delito era un problema en sí mismo. La tesis de la incivildad sugirió algo que los policías podían hacer para reducir ambas cosas, el delito y el miedo.

A inicios y mediados de los ochenta, estrategias como patrullar a pie y toda una serie de estrategias denominadas policía comunitaria o policía orientada a la resolución de problemas tuvieron una gran popularidad (Greene y Taylor, 1988). La tesis de la incivildad suministró a los policías algo que detectar y sobre lo que intervenir cuando estaban patrullando a pie. También proporcionó a la policía comunitaria temas de discusión en

los encuentros con la comunidad. Legitimó el dar respuesta a las preocupaciones de los residentes incluso cuando estas no fueran propiamente el delito, porque esas preocupaciones estaban conceptualmente unidas a delitos posteriores más graves, o a un declive general que, se presumía, sucedería si esos problemas no se controlaban.

A fines de los ochenta y principios de los noventa estas iniciativas de policía comunitaria continuaron en muchas ciudades. Pero el nuevo impulso llegó con la aparentemente exitosa guerra contra quienes limpian cristales en los semáforos, los que se cuelan en el metro y los indeseables en general que tuvo lugar en Nueva York. La era de la tolerancia cero emergía. La policía empezaba, o en opinión de algunos volvía, a patrullar de forma agresiva el comportamiento desordenado en la calle y las pequeñas faltas. Estas estrategias parecían tener éxito (Bratton, 1998; Silverman, 1999). En la ciudad de Nueva York el delito disminuía (de forma no tan conocida, también descendía en otras ciudades que no estaban usando estas estrategias). Los arrestos de los que se colaban en el metro generalmente acabaron con la detención de muchas personas que estaban en busca y captura. Tanto los residentes como los visitantes se sintieron menos acosados en la calle. A mediados de los años noventa muchas otras ciudades intentaban emular el modelo de Bratton. Los concejales del Ayuntamiento de Baltimore, por ejemplo, visitaron la ciudad y volvieron impresionados.

De nuevo la tesis de la incivilidad suministraba la lógica subyacente. De acuerdo, era plausible que con estas estrategias de policía agresiva pudieran darse más casos de comportamiento policial sesgado. Quizás se para-se más a los afro-americanos que a los blancos (Anderson, 2000, arguye que la evidencia no lo demuestra). Sí, de acuerdo, era plausible que hubiera más casos de exceso en el uso de la fuerza por parte de la policía. Pero ésta, en opinión de los teóricos de la incivilidad, no debía ser molestada. Estos riesgos a corto plazo se veían compensados por los beneficios a largo término de comunidades más estables, más actividad en la calle y menos miedo al delito.

Aparte de estas causas de atractivo temporal de la tesis de las incivildades, otros han sugerido dos fuentes de popularidad adicionales (Lehrer, 2002). Esta tesis retorna a la policía a sus orígenes: combatir el desorden, actividad ya consagrada como tarea en los principios de Sir Robert Peel acerca de la actuación policial. Además convierte a la policía en una profesión de ayuda o servicio social. Claro que, si el servicio que ofrece la

policía está totalmente divorciado de la lucha exitosa contra el delito, a la larga estas actividades sólo aportarán un lustre limitado a la imagen del departamento de policía.

### 3. Preocupaciones conceptuales

Hay dos grandes cuestiones conceptuales que emergen respecto de la tesis de las incivildades (Taylor, 2001: 93-125). Primero, ¿son acertadas las dinámicas previstas por la tesis? Más específicamente: ¿las incivildades juegan el rol que se les atribuye respecto de los bloques de casas o de los vecindarios? ¿Cuánto tiempo tardan estos procesos causales en ocasionar el "ciclo", ya sea porque aumentan o disminuyen las incivildades? En el caso de contextos urbanos, sabemos por trabajos empíricos y teóricos acerca de cómo funcionan los territorios urbanos que siempre hay en juego una dialéctica entre los vecinos "habituales" y aquellos que son vistos como desviados, ya sean estos propietarios descuidados, arrendatarios alborotadores o adolescentes agresivos en las esquinas (Taylor, 1987,1988). Las mismas dinámicas, si bien con distinta intensidad, suceden también en las periferias urbanas (Gans, 1967). Pero lo que no sabemos es el grado de vinculación temporal de estas variaciones de desorden físico y social con los cambios psicológicos, emocionales o conductuales. Quitando un par de estudios (véase más abajo), existen pocos análisis longitudinales de estas dinámicas temporales. El nivel de análisis apropiado, de acuerdo con la propia tesis de las incivildades, son los bloques de casas y los vecindarios. Los estudios de ciudades enteras o de departamentos de policía en conjunto están teóricamente desenfocados.

La segunda preocupación es sociopolítica, y se centra en la construcción social del "desorden" y en la dicotomía del orden *versus* el desorden (Harcourt, 1998, 2001). Hay dos elementos. El primero es que el orden y el desorden, o quién es ordenado y quién desordenado, depende de quién lo defina. El "significado" de orinar en público, por ejemplo, depende de dónde, de cuándo y de quién. Este punto ya fue reconocido inicialmente por Wilson y Kelling, quienes admitían estar preocupados porque en distintos vecindarios podían existir potencialmente diferentes criterios. La naturaleza contextualmente dependiente de las definiciones de desorden proviene también del componente interaccionista simbólico del comportamiento humano en contextos residenciales (Taylor, 1987, 1988).

El otro elemento, relacionado con el anterior, es que este proceso dicotómico produce efectivamente los propios villanos que las estrategias de tolerancia cero pretenden eliminar. Crea inadecuadamente un foso entre los ciudadanos convencionales y los infractores. De forma más plausible, el foso es más bien un riachuelo estrecho que se atraviesa fácilmente. Incluso el símbolo más incondicional de la conformidad de la clase media de la novela norteamericana, George F. Babbitt, tomaba copas con jóvenes atrevidas y conseguía güisqui para sus guateques en la Era de la Prohibición (Lewis, 1922).

#### 4. Apoyo empírico

Si dejamos de lado las polémicas que la envuelven, una cuestión central para la teoría es la hipótesis de que las incivildades contribuyen de forma independiente a los cambios que se producen a lo largo del tiempo en una persona, en un bloque de casas o en un barrio. El nivel de análisis elegido depende de si se está hablando de la versión inicial, la intermedia o la final de la teoría.

Respecto al nivel de análisis individual: las personas –normalmente residentes– que perciben más desorden en su entorno inmediato son también las que manifiestan estar más preocupadas por su seguridad y tener menores vínculos locales (Taylor, 2001: 220-223). Longitudinalmente también se observa una contribución de la percepción de incivildades a la reacción a los delitos y al sentimiento de vecindad. Así, los residentes que en el Momento 1, comparados con sus vecinos, afirmaban que sus bloques tenían más problemas, eran los que en el siguiente año estaban menos satisfechos con el bloque, se sentían más vulnerables, y estaban más preocupados por el delito (Robinson, Lawton, Taylor y Perkins, 2003). La tesis se confirma, pues, en el nivel individual de análisis, tanto transversal como longitudinalmente.

El análisis por bloques de viviendas también encuentra conexiones transversales y longitudinales con el miedo y con las preocupaciones relacionadas con los delitos (Perkins y Taylor, 1996; Perkin, Meeks y Taylor, 1992; Perkins, Wandersman, Rich y Taylor, 1993). Sin embargo, los análisis más rigurosos que aíslan el impacto ecológico de las incivildades en las reacciones al delito y en la confianza comunitaria no muestran ningún efecto diferido sobre las mismas (Robinson, Lawton, Taylor y Perkins, 2003). No obstante, este último estudio muestra que estos aspectos sí cambian cuando la percepción de la incivildad en los bloques de vivien-



das varía a lo largo de un año. De tal modo, puede afirmarse que los cambios en la percepción de las incivildades en un bloque acompañan a los cambios de satisfacción del bloque y el riesgo percibido, pero no está claro que las incivildades *causen* estos cambios.

Un pequeño grupo de estudios apuntan los beneficios que tienen a corto plazo para la disminución del delito los programas de reducción de las incivildades centrados en bloques de viviendas (Green, 1995, 1996; Mazerolle *et al.*, 1997). Pero aún se desconoce si estos beneficios persisten a largo plazo.

En el nivel de análisis por vecindarios, si se mide un largo periodo de tiempo encontramos que las incivildades iniciales contribuyen a cambios posteriores en delitos graves y a algunos aspectos del declive del barrio (Taylor, 2001: 179-200). Pero las contribuciones no son ni tan considerables como se anticipaba, ni tan coherentes con los indicadores de las incivildades como se esperaba. Los elementos esenciales del tejido urbano, como el estatus y la estabilidad, continúan siendo los factores que mejor permiten predecir el futuro del vecindario.

## 5. Implicaciones para la aplicación de la ley en el ámbito local

Hay que esperar con optimismo que la labor policial orientada a la resolución de problemas y el reconocimiento de la importancia de la colaboración policía-ciudadanía sean aspectos ya asentados. De alguna forma estas cuestiones representan una vuelta a las primeras orientaciones de las estrategias policiales.

Si estos elementos permanecen como parte de la policía moderna, ya sea en contextos urbanos, suburbanos o rurales, la policía debería de tener a su alcance un amplio abanico de estrategias que pueden mejorar la calidad de vida de los vecinos pero que no se dirigen de forma directa y reactiva al delito grave. Una lista parcial de las mismas incluye: patrullas a pie, patrullas en bicicleta, ir a las reuniones con los residentes o líderes de los comercios, resolución de problemas de forma proactiva siguiendo el modelo SARA,\* trabajar con otras instituciones públicas para resolver

---

\* Nota de las traductoras: el modelo SARA se refiere a un modelo de policía orientada a la resolución de problemas que se guía por las siguientes fases: *Scanning* (identificar los lugares más conflictivos), *Analysis* (proceder a distribuir las patrullas), *Response* (elaborar los planes de prevención situacionales) y *Assessment* (evaluación de las intervenciones).

las infracciones referentes a locales, coches abandonados, negocios desagradables o mediante la creación de mini-comisarías o centros de justicia municipales. El trabajo que se ha hecho hasta hoy sobre las tesis de las incivildades sugiere que los políticos harían bien en usar todas las estrategias y tácticas de las que disponen, y no confiar sólo o de forma esencial en reducir las incivildades para prevenir el delito, preservar los vecindarios o estabilizar los que se desmoronan.

## Bibliografía

ANDERSON, B. C. (2001). "The Illusion of Order (Book Review)". *Commentary*, 112, (julio/agosto), 69-70.

BRATTON, W. (1998). *Turnaround*. Nueva York: Random House.

DUBOW, F.; McCABE, F.; KAPLAN, G. (1979). *Reactions to crime: A critical review of the literature*. Washington, DC: US Government Printing Office.

GANS, H. J. (1967). *The Levittowners*. Nueva York: Pantheon.

GAROFALO, J.; LAUB, J. (1978). "The fear of crime: Broadening our perspective". *Victimology*, 3, 242-253.

GREEN, L. (1995). "Cleaning up drug hot spots in Oakland, California: The Displacement and diffusion effects". *Justice Quarterly*, 12, 737-754.

GREEN, L. (1996). *Policing Places with Drug Problems*. Thousand Oaks: Sage.

GREENE, J. R.; TAYLOR, R. B. (1988). "Community-based policing and foot patrol: Issues of theory and evaluation". En J. R. Greene; S. D. Mastrofski (eds.), *Community policing: Rhetoric or reality?* (p. 195-224). Nueva York: Praeger.

HARCOURT, B. E. (1998). "Reflecting on the subject: A Critique of the social influence conception of deterrence, the broken windows theory, and order-maintenance policing New York style". *Michigan Law Review*, 97, 291-389.

HARCOURT, B. E. (2001). *Illusion of Order: The False Promise of Broken Windows Policing*. Cambridge: Harvard University Press.

HUNTER, A. (1978). *Symbols of incivility*. Ponencia presentada en la American Society of Criminology. Dallas, Texas.

JACOBS, J. (1968). "Community on the city streets". En E. D. Baltzell (ed.). *The search for community in modern America* (p. 74-93). Nueva York: Harper and Row.

KELLING, G.; COLES, S. (1996). *Fixing broken windows: Restoring order and reducing crime in American cities*. Nueva York: Free Press.

KERNER, O. (1968). *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*. Nueva York: Bantam.

LEHRER, E. (2002). "Broken windows reconsidered". *Public Interest*, 148 (verano), 146-151.

LEWIS, S. (1922). *Babbitt*. Nueva York: Harcourt Brace.

MAZEROLLE, L. G.; KADLECK, C.; ROEHL, J. (1997). "Controlling drug and disorder problems: The role of place managers". *Criminology*, 36(2), 371-404.

PERKINS, D.; TAYLOR, R. B. (1996). "Ecological assessments of disorder: Their relationship to fear of crime and theoretical implications". *American Journal of Community Psychology*, 24, 63-107.

PERKINS, D. D.; MEEKS, J. W.; TAYLOR, R. B. (1992). "The Physical environment of street blocks and resident perceptions of crime and disorder: Implications for theory and measurement". *Journal of Environmental Psychology*, 12, 21-34.

PERKINS, D. D.; WANDERSMAN, A.; RICH, R.; TAYLOR, R. B. (1993). "Physical environment of street crime: Defensible space, territoriality and incivilities". *Journal of Environmental Psychology*, 13, 29-49.

ROBINSON, J. B.; LAWTON, B. A.; TAYLOR, R. B.; PERKINS, D. D. (2003). "Multilevel Longitudinal Impacts of Incivilities: Fear of Crime, Expected Safety, and Block Satisfaction". *Journal of Quantitative Criminology* 19, p. 237-274.

SILVERMAN, E. (1999). *NYPD Battles Crime: Innovative Strategies in Policing*. Boston: Northeastern University Press.

SKOGAN, W. (1986). "Fear of crime and neighborhood change". En A. J. Reiss, Jr.; M. Tonry (eds.). *Communities and crime* (vol. 8, p. 203-230). Chicago: University of Chicago Press.

SKOGAN, W. (1990). *Disorder and decline: Crime and the spiral of decay in American cities*. Nueva York: Free Press.

TAYLOR, R. B. (1987). "Toward an environmental psychology of disorder". En D. Stokols; I. Altman (eds.). *Handbook of environmental psychology* (p. 951-986). Nueva York: Wiley.

TAYLOR, R. B. (1988). *Human territorial functioning*. Cambridge: Cambridge University Press.

TAYLOR, R. B. (1999). "The Incivilities thesis: Theory, measurement and policy. En R. L. Langworthy (ed.). *Measuring What Matters* (p. 65-88). Washington, DC: National Institute of Justice/Office of Community Oriented Policing Services.

TAYLOR, R. B. (2001). *Breaking Away from Broken Windows: Evidence from Baltimore Neighborhoods and the Nationwide Fight Against Crime, Grime, Fear and Decline*. Nueva York: Westview Press.

- WILSON, J. Q. (1975). *Thinking about crime*. Nueva York: Basic.
- WILSON, J. Q.; KELLING, G. (1982). "Broken windows". *Atlantic Monthly*, 211 (marzo), 29-38.